RE/CREACION Y DES/CONSTRUCCION DE LA HISTORIA
EN *TERRA NOSTRA* DE FELIPE MONTERO

POR

MARTHA PALEY FRANCESCATO
George Mason University

¡Ay, pero cómo tarda en morir el mundo!
Consuelo Llorente, 1962

La lucha del hombre contra el poder es la lucha
de la memoria contra el olvido.
Mirek, 1971

El 11 de noviembre de 1962 (¿recuerdas, Felipe Montero?, era el día de tu cumpleaños) leíste ese anuncio en el periódico: "Se solicita historiador joven. Ordenado. Escrupuloso. Conocedor de la lengua francesa", y tú, Felipe Prudente, "antiguo becario de la Sorbona, historiador cargado de datos inútiles, acostumbrado a exhumar papeles amarillentos"; tú, Felipe Misántropo, a quien le "gustan estas tareas meticulosas de investigación que excluyen el esfuerzo físico, el traslado de un lugar a otro, los encuentros inevitables y molestos con otras personas", tú acudiste a ese llamado. El trabajo parecía fácil; el sueldo era tentador. Más tentadora aún era la presencia de Aura en esa casa pero sobre todo, la posibilidad de poder "pasar cerca de un año dedicado a tu propia obra, aplazada, casi olvidada", Felipe Hechizado, "tu gran obra de conjunto sobre los descubrimientos y conquistas españolas en América. Una obra que resuma todas las crónicas dispersas, las haga inteligibles, encuentre las correspondencias entre todas las empresas y aventuras del siglo de oro, entre los prototipos humanos y el hecho mayor del Renacimiento".

Felipe Montero hizo mal los cálculos; su proyecto era demasiado ambicioso para poder completarlo en un año. Logró, sin embargo, llevarlo a cabo entre 1968 y 1974: seis años de trabajo más difícil de lo que suponía; seis años durante los cuales debió salir de la casa en la calle Donceles 815, trasladarse a varios lugares, vencer la molestia de los encuentros inevitables con otras (muchas) personas. Debió también violar el pacto que había establecido con Consuelo; tuvo que dejarla sola en muchas ocasiones y no escuchar sus ruegos y recriminaciones.

Su esfuerzo y su tenacidad comenzaron a engendrar una obra maestra. Consuelo-Aura, resignada, le ayudó a menudo con el beleño, la dulcamara, el

gordolobo, el evónimo, la belladona. Estas y otras hierbas le hicieron encontrar una simetría que le había parecido perfecta y monstruosa. Sumido en el delirio y en la lucidez, concibió la gran obra en la que pudo resumir todas las crónicas dispersas y aún otras inexistentes hasta ese momento. Siguiendo los consejos de Aura-Consuelo, le puso como título *Terra nostra*.

Catorce de julio de 1999, en París. Las aguas del Sena han estado hirviendo durante treinta y tres días y medio; las cúpulas y la fachada entera del Sacré Coeur parecían pintadas de negro; la maqueta del Louvre se había vuelto transparente, consiguiendo la liberación de los espacios puramente convencionales; el Arco de Triunfo se convirtió en arena y la Torre Eiffel en jardín zoológico. Polo Febo, nuestro joven y bello amigo, por primera vez en sus veintidós veranos debe cerrar (con su única mano) la ventana de su pieza en el séptimo piso a causa del olor de esa mañana —olor a carne, pelo y uñas y carne quemados. Polo Febo se pasea entre la niebla de las calles de París cumpliendo con su trabajo de hombre-sandwich, protegido por los dos cartones que anuncian el bar-café-tabaquería. Cumpliendo, también, su misión de fantasma en medio de la bruma, ocupando un espacio al que transforma cuando lo ocupa y que a su vez lo metamorfosea a él cuando le impone pensamientos que le dan diversas identidades: Polo Avestruz, Polo Antropólogo, Polo Catequista, Polo Cartesiano, Polo Mutilado, Polo Trivia, Polo Púber, Polo Cinemateca. Ante el espectáculo de las mujeres, de todas las mujeres de París —"las jóvenes y las viejas, las plenas y las magras, las gozosas y las inconsolables, las serenas y las intranquilas" que a lo largo del Quai Voltaire dan a luz— hijos varones todos; todos con seis dedos en cada pie y una roja cruz de carne en la espalda, mujeres que tratan de acusarlo de ser el padre de esos hijos, —Polo Febo hace un desesperado intento de reafirmar su identidad: "Yo soy yo, sólo yo ... les juro que no poseo otro destino". Polo Febo, en la ciudad luz, la ciudad del futuro rey Sol, es otro sol —lo ha sido desde su bautizo: "cantaré el sol"— le han impuesto ese destino al nacer. Y Polo Febo debe cumplirlo, iluminado y oscurecido "por el veloz juego de las nubes y el sol de julio".

Este 14 de julio de 1999 es también 1789, 1968, y es todos los 14 de julio.

La cantinela obsesiva entonada por todos:

El lugar es aquí,
El tiempo es ahora,
Ahora y aquí,
Aquí y ahora

convoca a Petrarca, cuyo "aquí y ahora" fue "una de las grandes fuerzas motivadoras del Renacimiento que él opone al punto de vista abstracto, eterno y unificado de la Edad Media". También convoca a Roberto Michel, quien con gran sabiduría había proclamado: "qué palabra, *ahora*, qué estúpida mentira". Pero este "aquí y ahora" en París, el 14 de julio de 1999, es la conjunción y la

disyunción; es unidad y dispersión; es el Alpha (y el Aleph). Polo escapa y se refugia en el Pont des Arts por donde nadie transita y que brilla con un solitario equilibrio. En la mitad del puente se rompe este equilibrio solitario: una muchacha, Celestina, lo espera; le dice palabras extrañas, le cuenta una historia que Polo no comprende, le quiere imponer otra identidad, otro destino. La lluvia empieza a caer, borrando las palabras de los cartones que protegen a Polo Febo, hombre sandwich atrapado entre dos mundos. La lluvia y la muchacha destruyen su identidad y rompen el equilibrio que Polo había conseguido en su vida; roto este equilibrio, y a pesar de que trata de aferrarse a su destino aparente, a su inocencia, y a la vida sencilla y fácil que vive, Polo cae a las aguas revueltas del Sena.

Polo Peregrino reaparece el 31 de diciembre de 1999 en París, en el séptimo piso del viejo inmueble y del hotel. Han pasado cinco meses y medio entre su caída y su reaparición, entre la ida y la vuelta, entre el va-i-vén, entre el Alpha y el Omega.

Han pasado también veinte siglos: la segunda oportunidad de la historia, una segunda oportunidad que ofreció la posibilidad de “escoger de nuevo, evitar los errores, reparar las omisiones, ofrecer la mano que la primera vez no tendimos”; oportunidad que la historia no supo aprovechar; “se repitieron los mismos crímenes, los mismos errores, las mismas locuras, las mismas omisiones que en otra cualquiera de la fechas verídicas de esa cronología linear, implacable, agotable”.

En esa segunda oportunidad predomina “la crueldad del excremento que a todos nos iguala”, el estiércol, la mutilación, la locura y las taras heredadas de un segundo comienzo también falso: mentes enfermas en cuerpos enfermos. La posibilidad de América, que era la Utopía, ha caído también, vencida por la pesadilla de la historia. La lucha ha sido entre el pasado y el presente, entre la memoria y el olvido. Celestina, con sus dos bocas, sus labios tatuados, es la única que puede transmitir la memoria, responder a la constante pregunta de los tres naufragos: ¿Quién soy yo? Pero Celestina pasa “la memoria que a ella le pasó el diablo disfrazado de Dios, Dios disfrazado del diablo”. Celestina tiene dos bocas, *dos* verdades, y sus labios tatuados cuentan *otra* historia. Para Calisto, “en boca de Celestina está ahora aposentado el alivio o pena de mi corazón”; en su lengua “está mi vida”.

Para los naufragos, para Polo Febo, en boca de Celestina está aposentado el pasado o el presente; en su lengua están sus vidas o sus muertes. “¿Venimos a reír o a llorar; estamos naciendo o muriendo? ¿Principio o fin, causa o efecto, problema o solución: ¿qué estamos viviendo?” se preguntaba Polo Febo el 14 de julio de 1999. La respuesta se la da Celestina el 31 de diciembre de 1999: “no habrá más vida ... la historia se repitió ... la historia fue la misma: tragedia entonces y farsa ahora, farsa primero y tragedia después, ya no sabes, ya no te importa”. ¿Qué es, entonces, la historia? quiere saber Polo Febo, ingenuamente.

De inmediato, centenares de voces pugnan por hacerse oír —todas tienen la respuesta. Levi-Strauss habla primero: “las fechas justifican la búsqueda de relaciones temporales del historiador y sancionan la conceptualización de los hechos en términos de la relación entre *antes* y *después*. Pero aún esta confianza en la cronología de los documentos no exime al historiador de interpretaciones míticas de los materiales”; “el criterio de la validez no se puede encontrar entre los elementos de la historia”. Sartre le dice que “el pasado es lo que cada persona *decide* recordar; elegimos nuestro pasado de la misma manera en que elegimos nuestro futuro. El pasado histórico, por lo tanto, es, al igual que nuestros pasados personales, a lo más un mito que justifica nuestra jugada en un futuro específico, y a lo menos una mentira, una racionalización retrospectiva de lo que somos y en lo que de hecho nos hemos convertido a través de nuestras elecciones”. Nietzsche (a través de Foucault) le susurra, “queremos que los historiadores confirmen nuestra creencia que el presente se apoya en intenciones profundas y en necesidades inmutables. Pero el verdadero sentido histórico confirma nuestra existencia entre incontrables hechos perdidos, sin una señal o un punto de referencia”. “En apariencia, o más bien de acuerdo a la máscara que usa, la conciencia histórica es neutral, está desprovista de pasiones, y comprometida solamente con la verdad”. Foucault (ahora con su propia voz) agrega: “La historia no permite al ser humano escapar de sus limitaciones iniciales —excepto en apariencia y si tomamos la palabra limitación en su sentido superficial; pero si consideramos el carácter fundamentalmente finito del ser humano, percibimos que su situación antropológica nunca detiene la progresiva dramatización de su Historia, nunca deja de hacerla más peligrosa y acercarla aún más a su propia imposibilidad. En el momento en que la Historia llegue a tales límites, no puede más que detenerse, temblar por un instante sobre su eje, e inmovilizarse para siempre”.

Otros, muchos, le gritan que “la historia no es sólo una pesada carga impuesta al presente por el pasado en forma de instituciones, ideas y valores pasados de moda, sino también la *manera de mirar al mundo* que da a estas formas pasadas de moda su aparente autoridad”. Luego Hayden White, pacientemente, le explica que es por todo ello que tantas obras modernas de ficción tratan de liberar al ser humano de la tiranía de la conciencia histórica; sólo así se podrán confrontar con creatividad los problemas del presente”. “Efectivamente,” interrumpe Carlos Fuentes (que por derecho tiene la última palabra), “el arte da vida a lo que la historia ha asesinado. El arte da voz a lo que la historia ha negado, silenciado o perseguido. El rescata la verdad de manos de las mentiras de la historia”.

Polo Febo escucha todas estas voces que, en vez de darle una respuesta, han contribuido a su estado de confusión total. Pero Felipe Montero ha escuchado todo y cree entender. Reflexiona: ¿han sido palabras del diablo disfrazado de Dios o de Dios disfrazado del diablo? Ha llegado al final de su camino —está

exhausto; veinte siglos condensados en cinco meses y medio son testimonio de la historia que él ha escrito —su historia—; a través del arte ha logrado dar voz y vida a lo que las otras historias han asesinado y negado; ha conseguido rescatar la verdad. Está convencido de que lo ha logrado.

Pero también asoma una duda: ¿esta tierra es verdaderamente *nuestra*? ¿Por qué la maltrataron, la usaron, la violaron y la devastaron todos —los del viejo mundo y los del mundo nuevo? Proaza (o tal vez Fernando de Rojas —no puede distinguir bien) lo consuela, le murmura al oído: “Sin lid y ofensión ninguna cosa engendró la natura, madre de todo”.

Por ser quien es y de donde es, Felipe piensa que si está mirando “un traslado del pasado histórico a un futuro que carecerá de historia, ese traslado tiene que ser el de la menos realizada, la más abortada, la más latente y anhelante de todas las historias: la de España y la de América Española”. España malgastó el poder y las riquezas de América y murió sumida en sus propios excrementos; América (y especialmente México), se cubrió la cara con una máscara de plumas con un centro de arañas muertas —hermosa, sí, pero máscara al fin. Recuerda las palabras del Monje Simón: “un pueblo sin historia no se redime del tiempo, pues la historia es un tejido de instantes intemporales. Ludovico es el maestro; enseña que la verdadera historia será vivir y glorificar esos instantes temporales y no, como hasta ahora, sacrificarlos a un futuro ilusorio, inalcanzable y devorador, pues cada vez que el futuro se vuelve instante lo repudiamos en nombre del porvenir que anhelamos y jamás tendremos”. Recuerda, también, las palabras de Husserl: “la forma universal de toda experiencia, y por lo tanto de toda vida, ha sido siempre y será siempre el *presente*. Sólo el presente es y siempre será”.

Felipe mira a su alrededor, al final de su historia que es ahora su presente: Polo Febo y Celestina están haciendo el amor; las máscaras que les habían cubierto la cara unos minutos antes han caído al suelo; Polo Febo y Celestina: la última pareja en un mundo aniquilado por su propio pasado lleno de inmundicias, buscándose y encontrándose en la unión sexual. Felipe Montero, abrumado por tanta sabiduría, tantas contradicciones, no sabe cómo concluir su historia. Necesita ayuda, inspiración. Piensa que tal vez pueda encontrar la verdad en el manuscrito que contiene una de las botellas verdes que permanece lacrada. Antes de abrir la botella que sostiene en su única mano, antes de que suenen las doce campanadas en las iglesias de París, anunciando el nuevo siglo, Felipe oye las palabras que gritan Celestina y Polo Febo mientras hacen el amor: *eran due in uno, ed uno in due*. Consciente de su omnipotencia, Felipe toma una decisión: los convierte en *uno in due, ed due in uno*; les da un nuevo génesis. Ahora hay un sólo cuerpo en el cuarto del Hotel du Pont Royal —un cuerpo de rey y de reina, de diosa y de dios, un cuerpo que sigue buscando el placer y que siempre lo podrá encontrar.

“No sonaron doce campanadas en las iglesias de París; pero dejó de nevar, y al día siguiente brilló un frío sol”.

Y *ahora*, sí, Felipe Rey Sol, inmensamente satisfecho, abre la botella y comienza a leer el manuscrito de que contiene todas las respuestas, todas las verdades.